

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO IV

MADRID, 21 DE FEBRERO DE 1909

NÚMERO 60



## EL TALISMAN

Indecible era la pena que sentía Julito cada vez que se entregaba á aquella idea, que había conseguido obsesionarle.

Hasta entonces su vida transcurrió dulce y reposada, sin más horizonte que el limitado por la azulada cordillera que cerraba el valle, envuelto en las cadencias del melancólico canto campesino, que, al brillar de los luceros en las serenas noches, le traía el recuerdo de una voz querida, palabras escuchadas antes de poder comprenderlas, sen-

sación de besos remotos, el dulce mecer de una cuna, ya mucho tiempo atrás abandonada.

El amoroso hogar en las tristes veladas del invierno; aquel trocito de tierra en el blanco cementerio donde dijo sus primeras oraciones; las alegres mañanas de la escuela; la misa del domingo en la risueña iglesia, por cuyos ventanales entraban los rayos del sol de la mañana, pintando en las losas los alegres colores de sus cristales; las tardes en el atrio, alrededor del cura, escuchando los misterios de la doctrina, mientras en las espesas ramas de los castaños entonaban con bullicioso pjar los pajarillos su canto al Divino Hacedor... todo lo que hasta entonces formó su vida entera, se desplomaba rápido, se derrumbaba como castillo de naipes al soplo del destino.

Su abuelita, su único amparo, su solo amor, la que le hablaba de otros amores presentidos y no disfrutados, la que le enseñó á besar un retrato y á rezar por un nombre... se moría... le dejaba solo... solo en medio de muchos...

No se anduvo con rodeos D. Policarpo; aquella noche, al salir de la casita y montar en el paciente macho, lo dijo bien claro: «Esto no tiene remedio... esto se va.»

Allí quedaban junto á la cama dos vecinas. El padre Juan, que con Julito salió á despedir al médico, quedó perplejo. Apenas D. Policarpo hubo doblado, caballero en su montura, la esquina de la calleja, dijo al niño, que contenía los sollozos:

—Hijo mío, Dios no abandona á los buenos; ten fe en su santa elocuencia, y acuérdate de que son «bienaventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los Cielos...» Yo... soy pobre, tan pobre como tu abuelita; pero cuando Dios la llame á sí, no te aflijas, bendice su santa voluntad, y ven al amparo que te ofrezco en su nombre; tendrás mesa y cama, no pienses que quien vela por la vida de los pajarillos pueda dejar desamparada la de una criatura inocente y desvalida. Adiós, hijo mío, y que él vele por ti. Hasta mañana.

La abuelita dormía. Las vecinas, en un rincón, daban sendas cabezadas; la mortecina lamparilla chisporroteaba en un vaso junto al hogar. Julito, de puntillas, salió al portón, cruzó la calleja y entró en una alameda, bordeada de álamos, que conducía á la plazoleta de la rectoral.

Necesitaba estar solo, llorar á sus anchas, desahogar su pena, amordazada muchas horas ante su abuelita. La brisa de la noche le produjo una impresión de consuelo, de serenidad, de calma; se sentó en una piedra al pie de un árbol y se enjugó los ojos.

Por el centro de la alameda se destacó una figura que avanzaba, haciendo crujir la tierra al peso de sus pisadas lentas y fatigosas. Era un anciano encorvado y jadeante; su mano trémula se apoyaba en un grueso cayado, que apenas podía resistir el peso de su cuerpo.

Julito le miró avanzar, y una profunda emoción se apoderó de él; ya les separaban sólo unos cuantos pasos, cuando el ancianito vaciló y

cayó en tierra pesadamente. Verlo, dar un salto y estar junto á él, fué para el niño cosa de un momento.

—¿Se ha lastimado mucho, señor...?—le preguntó ayudándole á levantarse con todas sus fuerzas.

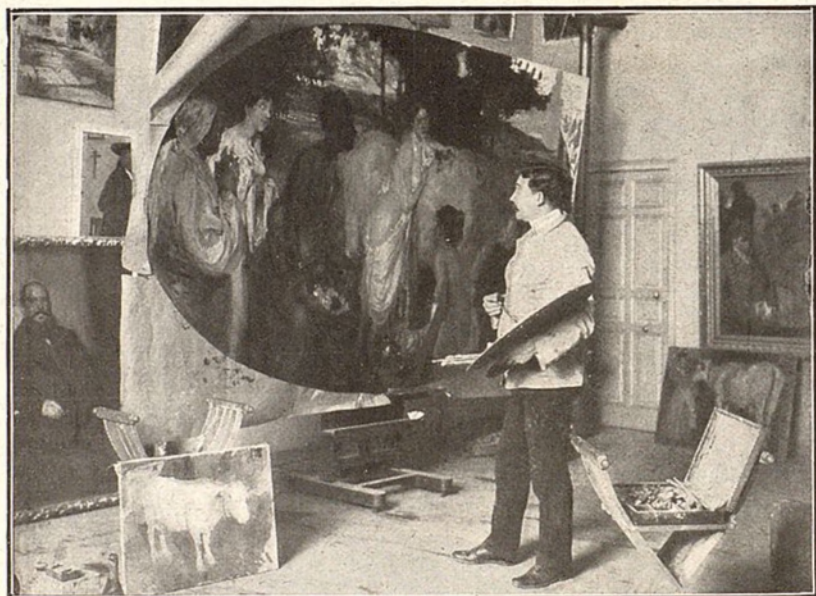
—No, hijo mío; gracias.

—Siéntese aquí en esta piedra y descanse. ¿Quiere que avise en la rectoral? El señor cura es muy bueno...

—No, hijo mío, ya sé que el señor cura me recibiría; me recibe con frecuencia... pero ahora prefiero descansar aquí. Lo que tengo es mucha sed... vengo de muy lejos.

*Continuará.*





## LOS COLORES

Los filósofos de la antigüedad sólo establecieron hipótesis en punto á los colores. Hasta el siglo xvii no adelantó un paso esta interesante parte de la física, y sólo entonces algunos sabios (Descartes entre ellos) volvieron á ocuparse de ella, poniendo sobre el tapete la teoría de Epicuro, apoyada en alguno que otro experimento. Pero seguía la cuestión sin tener un fundamento sólido y científico, y esto lo estableció Newton, que desarrolló brillantemente la teoría de color en su admirable *Tratado de óptica*.

Si ponemos un prisma de cristal expuesto á la luz del sol, veremos que la descompone ó separa en siete rayos principales, diferentes entre sí por sus propiedades ópticas y químicas, y diversos también por la impresión que producen en los ojos, es decir, por el color. Entre esos siete colores—que durante mucho tiempo se ha estado creyendo que eran los que formaban ó constituían la luz blanca—la vista humana, ayudada de instrumentos poderosos, ha descubierto una porción de rayos cuyos colores forman el paso, la transición de uno á otro color principal. El conjunto de todos esos colores, que recibe el nombre de *espectro*, está atravesado por estrechas fajas negras que parecen ocupar el puesto de otros rayos invisibles.

En muchos casos el color de los objetos se debe á la refracción, ó sea al hecho de que rechacen la luz que los ilumina; basta que la superficie de un cuerpo no esté desprovista en absoluto de ese poder de refracción para que la luz que le hiera se descomponga en un cierto

numero de rayos coloreados que impresionaran nuestra vista, haciéndonos creer que pertenecen al cuerpo iluminado.

En general, no vemos todos los rayos que la luz encierra, sino parte de ellos, y á veces uno solo. En el espectro solar hay muchos rayos negros (algunos dicen que son en número de 2.000), y se considera que cada uno equivale á un rayo imperceptible para nuestra vista, bien porque fué absorbido, ó bien porque lo retuvo el aire atmosférico. Fúndanse para creer esto en que si un rayo luminoso—de cualquier procedencia que sea—atravesara un gas antes de llegar al prisma que lo ha de descomponer, su espectro dará más rayas negras (ú obscuras) que cuando no atraviesa gas alguno.

Pero la facultad que los cuerpos tienen de absorber los rayos luminosos, varía según su naturaleza, según su densidad, según su grueso, etc. El aire, el agua, el cristal limpio, en capas muy delgadas, son transparentes, es decir, no absorben ningún rayo luminoso y nos transmiten toda la luz que los atraviesa; pero en capas gruesas esas mismas substancias aparecen coloreadas. Así el aire atmosférico parece azul (el azul del cielo), porque deja pasar, principalmente, los rayos azules de la luz solar. Todo el mundo sabe que los cuerpos más opacos dejan pasar á su través la luz si se los lamina; es decir, si con ellos se forman capas ó planchas delgadísimas; buen ejemplo de ello es el oro, que, reducido á hojas tan finas como las que emplean los doradores (los panes de oro), deja pasar la luz del día ó la de una vela, y esa luz parece verde, lo cual significa que la hoja de oro descompone la luz y no da paso más que á los rayos verdes.

Cuando un haz de luz da sobre la superficie de un cuerpo, puede ocurrir: que la luz se refleje toda sin ninguna descomposición; es decir, que el cuerpo iluminado no absorba ningún rayo, y entonces su color será blanco; que toda la luz quede absorbida por el cuerpo iluminado, en cuyo caso parecerá negro, ó que el cuerpo absorba unos rayos y refleje ó despidiera otros, y entonces tendrá el color de los rayos que haya absorbido.

Para demostrar que este hecho es cierto, basta mirar un espectro solar á través de un cristal blanco: veremos entonces todos los colores de aquél; pero si se observa al espectro por medio de un cristal bastante espeso teñido de rojo, no se distinguirán más que los rayos rojos del espectro, de modo que los rayos que el cristal blanco no detuvo han quedado interceptados por el cristal rojo, excepto el rayo rojo del espectro, que pasó á su través.

Los colores que se emplean para la pintura se hacen con diversos componentes: así el blanco se fabrica principalmente con óxidos de plomo ó de cinc; el verde se obtiene casi siempre del cobre ó, por lo menos, con un óxido de cobre; el negro resulta de la calcinación de substancias vegetales ó animales; los rojos, con ocres ó arcillas, coloreados con óxido de hierro; el azul Prusia es un ferrocianuro de potasio; los amarillos son colores con base de plomo.

JUAN ANTON



## LAS BONDADES DE NINI

XV

Cuando estaba pensando esto, entraron los abuelitos.

—¡Ay, abuelines, qué gusto me da veros! ¡Estoy aquí solita...! Vosotros ¿qué creéis?, ¿se reirán las niñas mucho en los conventos?

—¡Qué ocurrencia! ¿Por qué?

Entonces los conté todo lo que había pasado, y ellos dijeron que sí, que están las niñas muy bien en los colegios de monjitas, y que hay jardines grandes con muchas flores y árboles con fruta y todo... En fin, que ya me han dado muchas ganillas de ir. Pero yo comprendo que antes de ir tengo que hacer algunas cosas muy buenas para que cuando esté en el colegio todos digan en casa:

—¡Qué lástima! ¡Tan buena como era Nini y estar encerradita!

Mis abuelos me dijeron que tenía yo muchísima razón, y que era muy conveniente hacer algo bueno, porque, en realidad, no era mucho lo que hasta entonces había realizado. Conque le rapiñé los bolsillos al abuelito *dulce*, me dieron muchos besos y prometieron decir á mamá que antes de llevarme al colegio iría con ella á hacer visitas.

—¿De veras la diréis eso, abuelines? ¡Huy, qué gusto! ¡Tantas ganas como tengo yo de hacer visitas como una señora! ¡Ahora sí que voy á ser buena!

Bueno, pues se fueron los abuelos y volví á quedarme sola.

¡Qué alegría si mamá me lleva á ver á sus amigas! ¡Es tan fastidioso eso de que á los niños no se nos deje entrar en la sala cuando hay gente, ni se nos lleve más que á paseo! Me cansaba de estar sola y salí del cuarto... con un poquito de miedo, eso sí, porque como aún no me dejaba don Manuel salir de la cama, tenía miedo de que me regañasen.

Por allí no debía haber nadie; seguí el pasillo y oí voces en el despacho de papá; menos mal, si estaban allí no se enterarían de que yo andaba en camión por la casa. ¿Y por qué me habían dejado sola?, vamos á ver... ¡Toma! ¡Claro! Porque los papás estarían con el médico hablando del colegio en que habían de meterme y de la fuente de sangre que la salía á la doncella de la frente, y ella estaria acostada...

Estaba pensando qué haría, cuando empezó á tocar en la calle un organillo. ¡Huy, qué alegría! ¡Música! ¡Pues poquito que me gusta á mí la música! En seguidita me fui por la muñeca y me puse á bailar con ella, hasta que empezó á dar vueltas la habitación, lo mismito que el día aquel que bebí vino en la cocina; me paré entonces... y ya no dió más vueltas. En seguida fui á asomarme al balcón para ver el organillo; un poco mal me parecía asomarme en camión... ¡Bah, nadie me vería...! Me asomé y estuve un rato la mar de alegre..., aunque con un poco de frío. De pronto, ¡huy, qué lástima! Vi una mujer con tres niños chiquititos en brazos, iban así... muy rotos y muy cochinos... y se pararon delante del balcón.

—¡Una limosnita, niña!—dijo uno.

—¡Pues límpiame las narices!—le contesté.

—¡Echame una perrilla, que ya me limpio!—me dijo.

—Espérate que voy por ella.

Esto sí que sí que es bueno, ¿eh? ¡Dar limosna á los pobres! Siempre se lo he oído decir así á mamá, y ella me da muchas veces cuartos para que los dé, y me dice:

—Acostúmbrate, Niña, á pensar en que cada pobre es un hermano tuyo, y que es pecado dejar que pasen frío y hambre.

¡Justo! Justo! ¡Esto de ver que doy sí que la contentará á mamá!

Conque me fui á su cuarto, abrí su armario de espejo y saqué el portamonedas de su sitio. Le abrí y tenía muchos *dinés*, plata y billetes, y hasta una sortija de mi mamá.

¡Jesús, y qué contentos se pondrán esos *hermanos* con todas estas cosas! Me asomé al balcón y se lo eché.

—¿Sabe tu mamá que nos das esto, niña?—me dijo la mujer.

—¡Sí, sí, tómalo!—contesté.—Mamá dice que somos hermanos.

—¡Bendita seáis tú y ella!—dijo la mujer.

—Gracias—contesté, y cerré el balcón.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





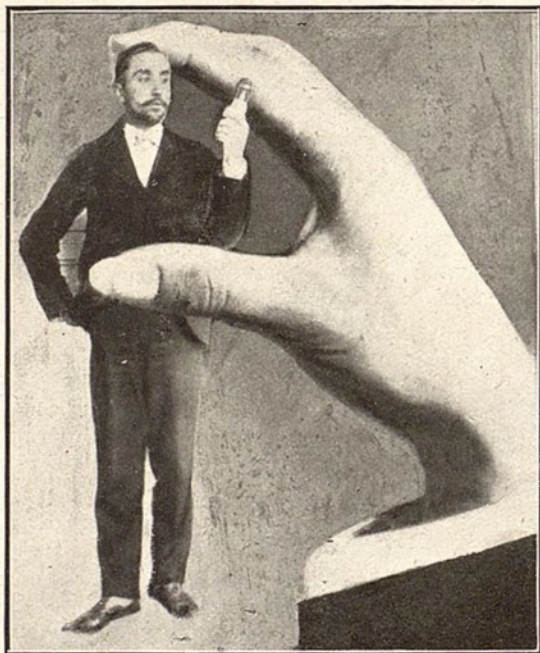
TOMA DE LA GRANJA DE SERVIGNY POR LOS FRANCESES. CUADRO DE W. BEAUQUESNE

**D**urante la guerra franco-prusiana de 1870, encerrados los alemanes en Servigny, fueron desalojados poco á poco de sus posiciones. La Artillería derribó los muros y deshizo las techumbres, y, retirándose de casa en casa, fueron á refugiarse á una granja. Entonces sufrieron el asalto del II batallón de Cazadores franceses. En el cuadro de Beauquesne aparece

el comandante impassible animando á los soldados que se lanzan al interior de la granja, unos cargando á la bayoneta á los prusianos emboscados, y otros empleando como ariete un tronco de árbol para derribar la puerta que cierra el patio interior. Algunos prusianos hacen fuego desde el tejado.

## BROMAS FOTOGRAFICAS

Generalmente se cree que la fotografía es la verdad misma, y que en la placa queda registrado con exactitud cuanto aparece delante del objetivo. Esta creencia dista mucho de ser fundada, porque la lente fotográfica no reproduce las cosas con exactitud ni mucho menos. Cualquiera puede darse cuenta de esta verdad, recordando que los objetos varían de tamaño según la distancia á que se encuentran



de la cámara; los árboles, las casas, las personas son tanto más pequeñas cuanto más lejos se encuentran de quien las mira; pero en la fotografía esta diferencia de tamaño es tan exagerada, que por poco que se adelante un pie ó una mano del plano en que se encuentra la figura, resultan de monstruosas proporciones.

Aprovechando esta circunstancia, y uniendo sobre una misma prueba dos placas obtenidas á distintas distancias, se obtienen efectos tan cómicos como los que publicamos.

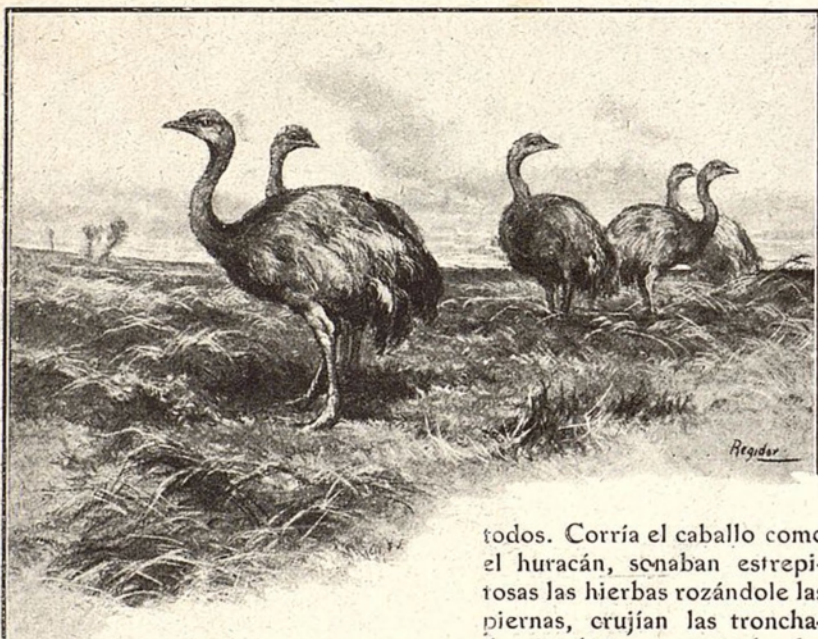


RELATOS DE CAZA

## COMO MURIO TOKAITULOC

**E**l altivo, el fiero indio Tokaituloc, terror de sus enemigos por su valor, y espanto de los suyos por sus maldades, pasó entre las rústicas chozas de su tribu montado en su soberbio caballo y se internó en las pampas. Todos le vieron ir sin que ninguno se moviera para seguirle, pues sabían que, yendo de caza, no gustaba de ser acompañado. Libres de su odiosa presencia, entregáronse los jóvenes á sus juegos y diversiones, y los viejos, murmurando en corrillos de su tiranía, suplicaron á sus dioses favoritos que fueran servidos de quitarle de sobre la haz de la tierra, en la que ya había hecho bastante daño.

Iba en tanto Tokaituloc por medio de las anchas pampas, alta la cabeza, diademada la frente con brillantes plumas de tucán y ceñidas al vientre del caballo las bronceadas piernas, cuando, amparándose los ojos con la sombra de la mano, vió, á no muy larga distancia, los delgados cuellos y las pequeñas cabezas de unos cinco nandús. En seguida sintió el gozo de todo cazador cuando contempla su presa y, poniendo al galope á su caballo, avanzó hacia los gigantescos avestruces americanos, los cuales, en cuanto le sintieron, emprendieron, una velocísima carrera. Tokaituloc aguijó al noble bruto con golpes y estentóreas voces y, afianzado sobre su cuello y engarfiados los dedos en las revueltas crines, empezó á perseguirlos. Pasado un rato, diseminóse el bando, y entonces el indio se precipitó sobre el más hermoso de



lante del jinete el abultado pajarraco balanceándose y dando disformes zancadas; pero á pesar de ellas, comprendíase que se cansaba y perdía terreno.

Viéndose ya cercano á su víctima, Tokaituloc se desenroscó de la cintura el certero lazo, y alta la mano y fijos los ojos, se disponía á lanzarlo contra su víctima, cuando notó pasmado que el suelo se hundía bajo su caballo... ¡Había caído en un infecto pantano oculto entre las traidoras hierbas...!

Olvidado del nandú, que, como un fastasma, seguía corriendo, soltó el lazo y sólo pensó en salvarse. Forcejeó, golpeó al desgraciado bruto, chilló y pidió auxilio al cielo y á la tierra; pero todo fué en vano.

¡Media tarde era cuando el fango besó sus talones, y antes de anoecer nada quedaba ya de Tokaituloc en el mundo más que su recuerdo...!

Con motivo de su misteriosa desaparición—que esto fué su muerte para los suyos—hubo en la tribu fiestas y holgorio, y llegada la elección de nuevo jefe, acercóse á él el más sabio de todos los ancianos y le dijo:

—Procurad no ser como Tokaituloc. ¡Desventurado el jefe cuya vida es coreada por las lágrimas de sus vasallos y cuya muerte se celebra con risas...!

José A. LUENGO.

D, fran<sup>co</sup> de quevedo



ESPAÑOLES ILUSTRES

### D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

La villa de Madrid ha sido la cuna del escritor español por excelencia, hijo del hidalgo montañés Pedro Gómez de Quevedo y de la señora, madrileña, doña María de Santibáñez; nació el 26 de Septiembre de 1580, y se le bautizó en la iglesia de San Ginés. Su vida, desde que muy joven perdió á sus padres, fué siempre de lo más azarosa; demostró, en los primeros años de ella, que era precoz, desenvuelto y arrojado, y en los posteriores, hasta su muerte, de inacabable ingenio, teniendo rasgos que le merecieron singular aprecio entre sus contemporáneos.

En la famosa Universidad de Alcalá estudió Humanidades, llegando á ser versadísimo en Latín y Griego, y no menos en el conocimiento de los clásicos de Jurisprudencia, Filosofía, Matemáticas y Ciencias Naturales.

A los cincuenta y dos años casó con doña Esperanza Aragón, noble y hermosa dama, matrimonio que contrajo por empeños de la corte y compromisos de amistad.

Ayuntamiento de Madrid

Intervino como diplomático en los asuntos del ducado de Saboya, y después, siendo consejero del gran duque de Osuna, Pedro Téllez de Girón, en los peligrosísimos asuntos de la República veneciana, en cuya ocasión, como en otras, se halló Quevedo á dos dedos de ser asesinado, salvándole su presencia de ánimo y su peculiar gracejo.

Como todos los hombres de alta inteligencia y de elevadas miras que conocen el mundo, aborreció la sociedad en que vivía, en la que aprendió las más desoladoras enseñanzas y los más hondos desengaños. En la corte de Paulo V, en la pequeñez de los grandes de la de Felipe III y en la no menos condenable tiranía del favorito de la de Felipe IV, adquirió el gran escritor español la ciencia de la desilusión que los hombres malos, guiados sólo de su interés, de sus bajos é hipócritas sentimientos, dan á conocer á los buenos que fian con fe en el bien y caballerosidad de los demás. Fué Quevedo víctima de esta cándida suposición. El duque de Olivares, amigo del poeta en un principio, temió años más tarde que le hiciera sombra, y secreta y villanamente le redujo á prisión, mandándole al convento de San Marcos de la capital leonesa cargado de grillos y cadenas, y como si fuese un gran criminal le hundió en húmedo é infecto calabozo, donde permaneció cuatro años, hasta que el autor de su desdicha fué arrojado del real palacio y de la privanza del Rey en 1643.

El justo castigo que mereció la envidia del protegido de la corte apenas sirvió de alivio al hombre que siempre había conservado la mayor pureza y la más acrisolada honradez en los cargos diplomáticos y políticos que desempeñó; los días de cárcel y los sufrimientos físicos y morales mataron al anciano literato, quien, vuelto á Madrid, y no hallando en él persona que lo recibiera bien, retiróse á su señorío de la Torre de Juan Abad, trasladándose luego á Villanueva de los Infantes, en Ciudad Real, donde murió el 8 de Septiembre de 1645.

Las obras literarias que le valieron en vida tanta fama como luego la justicia humana, exenta de pasiones, le ha reconocido después de muerto, son muchas, y en todas ellas resaltan la variedad de sus aptitudes, lo cual hace que se le considere al lado de Cervantes y de Lope para formar la trinidad de los genios españoles. Escribió obras políticas, como *La vida de Marco Bruto* y *Carta del rey D. Fernando al primer virrey de Nápoles*; ascéticas y devotas, mereciendo mayor estimación la titulada *La cuna y la sepultura para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas*; conquistó nombre de filósofo con las *Epístolas de Séneca*, traducidas; de satírico, con su obra maestra *Los Sueños*; de crítico, con *La Perinola*; de autor de solaz y entretenimiento, en las *Cartas del caballero de la Tenaza*; de novelista, en su inmortal libro conocido vulgarmente por *El Gran Tacaño*, y de poeta, con el titulado *Las Musas*.

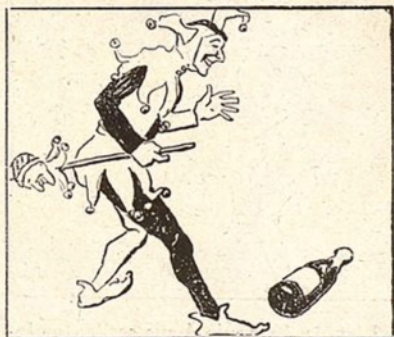
El genio de Quevedo bien merece la popularidad ahora, por ser el hombre que más distintas y más nuevas cosas ha dicho y que mejor ha sabido decir las.

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA.

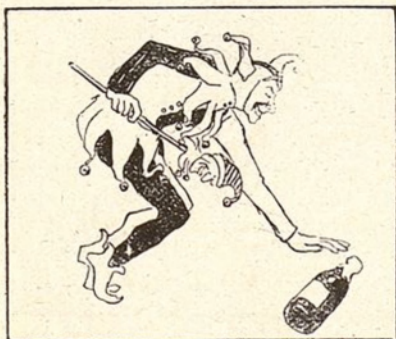
## CHAMPAGNE DE LA VIUDA



Arlequín se dirige al baile de máscaras con el espíritu lleno de ilusiones y soñando con aventuras maravillosas.



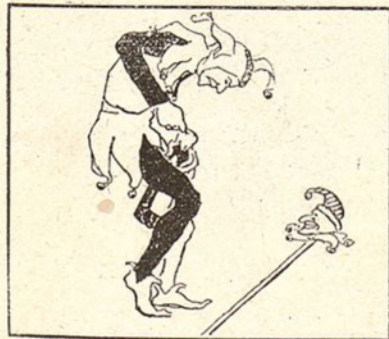
Cuando iba más descuidado, llamó su atención una botella yacente, de un aspecto realmente tentador.



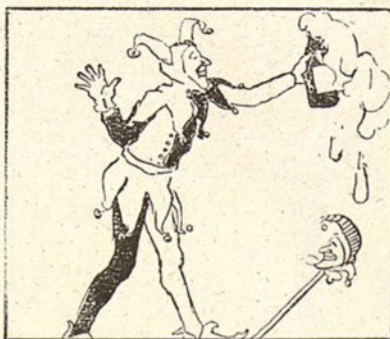
Arlequín sospechó un momento si se trataría de una bromita de Carnaval y estaría vacía la botella.



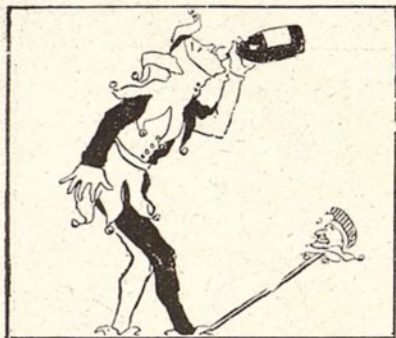
Afortunadamente para Arlequín, estaba intacta, y era de la marca de la viuda de Cliquot.



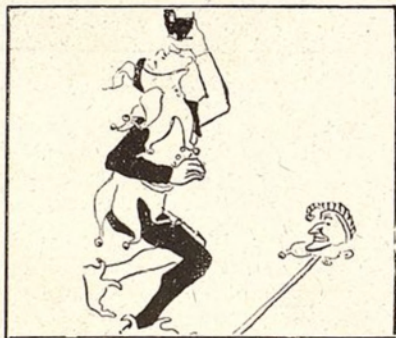
Loco de contento sacó el cortaplumas y cortó rápidamente las cuerdas y alambres que sujetaban el tapón.



Saltó éste, haciendo alegre salva, y el líquido espumoso asomó por el cuello de la botella.



Llevóla Arlequin á sus sedientos labios, y bebió con verdadero deleite el exquisito *champagne*.



No perdonó ni una gota, y apuró hasta las heces el delicioso néctar que la casualidad le regalara.



El efecto fué rapidísimo, y Arlequin vió que el baile se anticipaba, pues todo bailaba en torno suyo.



Aún quiso beber más, pero como la botella no daba más de sí, la arrojó al suelo con toda su fuerza.



¡Oh maravilla! De los cascotes vió Arlequin surgir una figura de mujer, que le pareció la viuda en persona.



En su fantasía embriagadora la ofreció el brazo, y juntos penetraron en el salón de baile.